

Teoría y praxis: algunas medidas políticas de Locke, Newton y Smith

Hernán Borisonik, CONICET e Instituto Gino Germani
hborisonik@gmail.com

Recibido: 23 de junio de 2017

Aceptado: 2 de febrero de 2018

Resumen

El presente artículo analiza las posiciones filosófico-político-económicas de John Locke, Isaac Newton y Adam Smith a la luz de algunas medidas concretas que cada uno de ellos hubo de tomar en puestos gubernamentales. A través del estudio de sus actitudes dentro de la función pública, se pretende iluminar aristas poco visitadas de las obras de tan importantes autores. En el caso de Locke, nos centraremos en sus respuestas frente al intento de reacuñación y revaluación de las monedas inglesas. Con Newton, se tomarán en cuenta sus determinaciones como Contralor de la Casa de la Moneda británica respecto del fraude y la fuga de capitales. Finalmente, se estudiarán las acciones decididas por Adam Smith como Comisionado de Aduanas de Su Majestad en Edimburgo. Con todo ello, se espera realizar un aporte al estudio de los vínculos entre teoría y prácticas en torno de la economía política moderna.

Palabras clave: Teoría, Praxis, Dinero, Locke, Newton, Smith

THEORY AND PRACTICE: SOME POLITICAL MEASURES OF LOCKE, NEWTON AND SMITH

Abstract

This article analyses the philosophical-political-economic positions of John Locke, Isaac Newton and Adam Smith in light of some concrete measures that each of them had taken in governmental positions. Through the study of their attitudes within the public function, we intend to illuminate some poorly-visited edges of the works of such important authors. In the case of Locke, we will focus on his answers to the attempt to re-coin and revalue English currencies. With Newton, his determinations as Warden of the British Mint regarding fraud and capital flight will be taken into account. Finally, the actions decided by Adam Smith as Commissioner of Customs of His Majesty in Edinburgh will be studied. With all this, we expect to make a contribution to the study of the links between theory and praxis in modern political economy.

Keywords: Theory, Praxis, Money, Locke, Newton, Smith

La Modernidad y la naturaleza como autoevidente

Gran parte del pensamiento económico, por lo menos desde el siglo XVII, ha estado signado por la creencia en la existencia de leyes naturales, pasibles de ser interpretadas de manera científica. Así, una importante serie de representantes del contractualismo y la Ilustración se supusieron ser capaces de leer los diseños de la economía y aplicarlos políticamente. Esto, sin dudas, fue el producto de una nueva racionalidad que acompañó al advenimiento de la Modernidad. De hecho, el entusiasmo con el que el iusnaturalismo fue recibido en Europa no podría explicarse fuera del contexto específico en el que hizo su aparición, es decir, al ascenso de la razón y la idea de progreso humano, frente a ciertos dogmas religiosos, en sintonía con el avance de la burguesía, que iría dejando atrás a las formas tradicionales ligadas a los privilegios nobiliarios. Como lo postula Karl Polanyi, como parte de tal proceso, “la sociedad humana se había convertido en un accesorio del sistema económico” (Polanyi 2001, 79), dentro del cual “las leyes del comercio eran las leyes de la naturaleza y consecuentemente las leyes de Dios” (Polanyi 2001, 122).

De todas maneras, el debate acerca de las leyes naturales se remonta mucho más atrás en el tiempo, como mínimo a los orígenes doctrinales (aún medievales) de una línea que acabaría por hallar una de sus expresiones políticas más contundentes en el protestantismo¹ y cuyos postulados abrirían las puertas a concebir un gobierno impersonal de los asuntos humanos. En Inglaterra, este cambio de mentalidad se puso de manifiesto algunos años después del pronunciamiento y movilización que trajo la figura de Martín Lutero en todo el norte de Europa², a partir del siglo XVII. El derrotero de esa línea es imposible de pormenorizar en unas pocas páginas, pero baste con dejar expresado que parte de ese itinerario (sinuoso, indirecto, quebrado y, por momentos, sólo latente) ha servido como una de las bases fundamentales para el pensamiento de tres de los mayores responsables de la mentalidad moderna occidental: John Locke, Isaac Newton y Adam Smith. En ellos hicieron carne algunos de los sentidos más rotundos de la Modernidad, tales como el individualismo y la creencia en el mercado (Tully 1993; McGuire 1985; Pack 1991).

El presente texto intenta indagar sobre un aspecto que casi no ha sido tomado en cuenta (y mucho menos en lengua castellana) a la hora de vincular a estos pensadores con una determinada configuración del mundo: el modo en el que llevaron adelante funciones públicas. Es decir, no ya en tanto que teóricos, sino como actores con capacidad resolutive en cuestiones estatales. ¿Cuál es el sentido de adoptar esta perspectiva? Pues bien, además de ser complementaria a los vastos

¹ Remito, por ejemplo, al largo debate entre el papado y la orden franciscana en relación al *simplex usus facti*, dentro del cual sobresalen Juan XXII (sosteniendo la postura de la Iglesia) y Guillermo de Ockham, quien fue un actor decisivo que planteó literalmente la existencia de leyes naturales diferentes (y, en última instancia, con mayor autoridad) que las leyes positivas. Sobre esta cuestión, ver Robinson (2013).

² Sobre la aparición y enorme despliegue de las sectas protestantes, ver Hill (1983).

aportes netamente abstractos (en general, textos teóricos que hacen caso omiso de las circunstancias o las consideran como un dato relativamente superficial), las coyunturas que serán tenidas en cuenta representan momentos verdaderamente decisivos en los que determinados posicionamientos y giros políticos encarnaron desplazamientos ideológicos de inmensa importancia. Lo que se pretende no es resumir las experiencias como funcionarios de estos hombres, sino tomar algunos casos particulares en los que sus posturas teóricas se vieron plasmadas en actos concretos que influyeron, de algún modo, en lo que podría denominarse como la historia de la ideología.

John Locke

Este oriundo de Wrington pasó a la historia como un célebre filósofo político, cuyas obras y acciones fundamentaron la consolidación del individualismo y sirvieron de base para el liberalismo moderno. Asimismo es famoso por su empirismo y su férrea oposición al innatismo cartesiano. Pero su vida no estuvo dedicada por completo al ocio reflexivo sino que, al contrario, era un miembro destacado de la sociedad británica del siglo XVII. Criado en la fe puritana –dato que es fundamental a la hora de comprender, por ejemplo, las intenciones de su *On Tolerance* frente a los protestantes disidentes y a los católicos–, Locke llegó a ser un influyente ciudadano, cuyos vínculos con las clases más poderosas de Inglaterra fue formalizado a lo largo de varias participaciones del pensador en cargos públicos. Su primera incursión fue dentro de la *Royal Society of London for the Improvement of Natural Knowledge*, aunque tal vez más decisiva para la historia haya sido su colaboración, en 1696, con el *Board of Trade and Plantations*, conocido en sus primeras reuniones como “*His Majesty’s Commissioners for promoting the Trade of this Kingdom, and for inspecting and improving His Plantations in America and elsewhere*” (Laslett 1957). Ese mismo año, y desde esa posición, al interior del gobierno, Locke protagonizó un histórico debate concerniente a la reacuñación (y posible devaluación) de la totalidad de las monedas de plata del reino inglés. Dicho debate (junto con sus resultados) representa uno de los hechos que estas páginas pretenden analizar por ser del todo significativos en relación con la naturalización del mercado y sus leyes frente a las posibilidades del poder político.

El siglo XVII supuso la puesta en acto de una serie de transmutaciones en los valores tradicionales, junto con el fin de las relaciones de señorío y la concomitante penetración de la institución del mercado en todo el espacio público. Las misteriosas “fuerzas del mercado” ponían en jaque a las formas de poder establecidas y no faltaron quienes sostuvieron que debían ser esas mismas fuerzas (y no las del gobierno de los hombres) las encargadas de resolver los problemas que habían creado, proponiendo que las personas y las tierras entrasen (al igual que el resto de los bienes y servicios) en el terreno de la mercantilización (Polanyi 2001). Estas voces proponían, asimismo, que las leyes del mercado no podían ser reguladas, sino descubiertas y observadas, pues respondían a las formas de la naturaleza humana y a un sistema vinculado al modo en el que la divinidad había diseñado a su creación. En este contexto, Locke logró imponer la idea de que –

frente, incluso, a fuertes evidencias en el sentido contrario– la denominación del dinero no podía depender de la voluntad del poder político, pues su valor respondía al registro natural.

La década de 1660 encontró a Inglaterra bajo la necesidad de hacerse con más plata (metálica o en moneda), debido a un tipo muy particular y adelantado de especulación financiera: en este reino, la plata se hallaba subvaluada y el oro sobrevaluado en relación con los precios del resto del Europa. Eso hacía que algunos comerciantes se dedicaran a fundir la plata acuñada y venderla como metal en los mercados extranjeros, obteniendo oro por un valor (incluso tras la pequeña quita por el resellado) superior al que establecía la convertibilidad inglesa y, por ende, pudiendo comprar más plata e incrementando sus fortunas dentro de un ciclo ilimitado³. Durante casi treinta años este tipo de negocio se fue perfeccionando hasta dejar a la nación con un enmagrecimiento metálico de tal magnitud que no alcanzaba para cubrir las necesidades de la circulación interna y el comercio internacional simultáneamente. En consecuencia, en 1695, William Lowndes (Secretario del Tesoro inglés) recomendó formalmente que se realizara una reacuñación de la plata junto con una devaluación del 25 por ciento (es decir, que cada moneda pesara tres cuartos de su valor nominal), para poner un freno al circuito de la especulación. Recordemos que, en ese momento, en Europa funcionaba una forma de bimetalismo, con monedas de oro y plata, y que la mayoría de las personas se debatía aún entre la convicción de que el valor de la moneda está dado por su contenido de oro o plata (el llamado “metalismo”) y la creencia en que, al contrario, ^{las cualidades físicas de las monedas no son de gran relevancia y} el valor del dinero depende de las regulaciones estatales (“nominalismo” o “estatalismo” monetario). Y si la segunda de estas perspectivas es la que habría de triunfar con el tiempo, como se verá a continuación, el avance del capitalismo dependió, en términos ideológicos de una forma muy *dura* de metalismo.

Frente al reporte de Lowndes, algunas voces se levantaron, entre las cuales la de Locke fue una de las más vigorosas. Reafirmando los argumentos de sus consideraciones sobre los intereses y el valor del dinero, Locke (1691) fue uno de los más importantes representantes en contra de que la reacuñación trajera aparejada una devaluación. ¿Por qué? Simplemente porque, desde su punto de vista, la moneda tenía un valor dado por naturaleza, y ningún rey o Estado podía modificarlo sin incurrir en una acción desacertada (Locke 1695)⁴. Según este argumento, la plata y el oro eran, si bien finitos, elementos por los que la naturaleza humana tenía especial inclinación, lo cual los volvía deseables y por ello las personas estaban dispuestas a intercambiar otros bienes para obtenerlos. El mecanismo del mercado era el más apropiado, por ende, para que los metales preciosos (en su escasez), sirvieran de medida y pudieran representar el precio de las demás cosas del mundo. De modo que los sellos estatales era uno de los modos de presentar al valor, pero no eran relevantes en comparación con la cantidad de

³ Muchos de los hechos relatados en este artículo provienen de Shaw (1896). Sobre la historia monetaria de Inglaterra, ver Feaveraryear (1963).

⁴ Si bien aquí se citan las fuentes originales, existe una traducción al castellano de gran calidad (Locke 1999).

metal que las monedas portaran, dado que (habiendo una cantidad determinada de plata en el mundo) ese era un valor objetivo e inalienable. Así, Locke separaba al oro y la plata de todos los demás bienes, puesto que mientras que aquellos tenían un valor universal (definido por la naturaleza humana), éstos poseían un valor variable asignado por la oferta y la demanda.

Por supuesto, las críticas a esta postura no tardaron en hacerse evidentes. A fines del siglo XVII el debate entre la validez del valor intrínseco o extrínseco del dinero estaba instalado entre los especialistas. Quienes se oponían a Locke veían el problema de modo inverso a él. En pocas palabras, sus opiniones eran que el valor del dinero estaba dado por las leyes civiles, que el oro y la plata eran valiosos porque eran útiles y que era posible usar como elemento para el intercambio cualquier materia que lo facilitara⁵. Se concentraban en el valor nomológico (*numismático*) de la moneda, veían en Locke a un pensador anticuado y no podían aceptar (ni fueron capaces de prever) que apelara a leyes naturales, automáticas y mecánicas, como argumento en contra de las instituciones sociales. Cuando, en 1696, la casa de la moneda finalmente siguió el consejo lockeano, el resultado no fue el esperado: se cayó en una fuerte recesión que perjudicó, como suele suceder, a las bases de la sociedad inglesa dados los enormes aumentos de los intereses y el nulo acceso a la fundición y venta de metales fuera del territorio inglés.

Ahora bien, releendo la historia, la idea que surge es que Locke no presentaba un ideario vetusto sino que, al contrario, fue un partícipe necesario del recorrido hacia la Modernidad más avanzada. Su defensa del valor intrínseco del dinero era central para su concepción del mundo y su fórmula iusnaturalista. De hecho, en su *Second Treatise of Government*, Locke atribuía al uso del dinero un carácter contractual y a la propiedad privada una aceptación que son (en ambos casos) previos –y, por ende, en algún sentido, más valiosos y duraderos– que cualquier gobierno político (Locke 2010, 43-70). El dinero es, concebido en la versión metalista de Locke, un valor que trasciende la utilidad y no puede ser reemplazado por un mero símbolo fiduciario. Así, la acumulación de oro y plata no puede ser cuestionada, ya que responde a la naturaleza humana y representa el fin de todo comercio (Locke 1691).

Al ver los efectos que tuvo el consejo lockeano, queda en evidencia que muy pocos actores se beneficiaron con la conservación del valor de las monedas tras la reacuñaación: los acreedores de créditos y la teoría del propio Locke, quien lograba con ese movimiento someter toda acción de economía política a las “leyes naturales”. Mientras que la plata se fugaba de Inglaterra, el oro se volvía más fuerte y comenzaban a hacerse imprescindibles los pagarés y billetes de papel, el padre del empirismo conseguía (en contra de cualquier evidencia empírica) imponer una idea que, en adelante, se presentaría como obvia: la naturalidad de las reglas mercantiles. En pocas palabras, una noción abstracta (o ideológica) se impuso sobre la materia (o cualquier ciencia) en nombre de la naturaleza, obteniendo una victoria fundamental para la llegada y triunfo del liberalismo.

⁵ Un racconto de varias de las posiciones que aparecieron en la escena inglesa alrededor del debate aquí presentado se encuentra en Weiss (2012).

Con este movimiento, Locke dejaba aseguradas sus posiciones acerca de la propiedad privada como producto del trabajo, de la existencia de un estado natural en el que el dinero y el intercambio existían fuera de cualquier regulación política y de la necesidad de un gobierno que simplemente protegiera la obra divina a través de la vigilancia y el castigo (pero nunca como legislador creativo u opuesto a los designios naturales: eso sería, desde entonces, visto como intrusión y exceso de poder). El “creced y reproducidos” del Génesis bíblico fue convertido por Locke en una máxima de la acción humana hasta el punto de someter a cualquier gobierno civil desde una *apelación a los cielos*⁶. Para este pensador, cualquier intervención política sobre la propiedad privada era censurable. Y mientras que sus oponentes se anticipaban (desde el nominalismo monetario) a la expansión del papel moneda, Locke dejaba grabado en el sentido común occidental una conquista indeleble de la ley natural sobre la ley humana y del dinero sobre el intercambio como recurso social para la autarquía y autodeterminación colectiva. De manera que, lejos de llevar adelante una terca lucha por imponer un tipo de cambio, Locke se encontraba inaugurando una era en la que la economía escapa (y, en efecto, rige) a toda determinación política, dado su arraigo natural, racional y divino.

Isaac Newton

Precisamente en 1696, antes de cerrar la contienda entre Locke y Lowndes, mientras comenzaban las acciones para retirar del uso todas las monedas de plata con el fin de fundirlas y volver a sellarlas (con una nueva y más avanzada tecnología⁷), Isaac Newton ingresaba en la Casa de la Moneda como guardián o contralor (*Warden of the Mint* es el título que recibió en primer lugar para, tres años más tarde, pasar a ser el *Master*, es decir, a ostentar el cargo mayor de tal institución) tras un colapso psicológico que lo hizo abandonar la academia. La cercanía y mutua admiración entre Newton y Locke ha sido claramente documentada: ambos compartían intereses políticos (habían apoyado a la *Gloriosa Revolución* de 1688) y puntos de vista sobre la sociedad, y fue el filósofo político uno de los que recomendó el ingreso del matemático a la función pública para ordenar y mejorar el proceso de reacuñación nacional inglés⁸.

⁶ Es notable cómo toda acción recta y justa escapa a la política y redundante, para Locke, en el designio divino: “Cuando no se administra justicia *bona fide*, se les hace la guerra a los que sufren el perjuicio resultante; y al no tener ninguna instancia de apelación sobre la tierra donde obtener justicia, sólo les queda a éstos el único remedio disponible en tales casos: la apelación al cielo” (Locke 2010, 36).

⁷ Ese año, la adquisición de un molino permitió imprimir el canto de las monedas, haciendo más dificultosa su falsificación. Se supone que antes de la reacuñación, las monedas falsas (hechas a martillo) eran entre dos y tres veces más en cantidad que las verdaderas (es decir, aquellas en las que el peso concordaba con el valor). Luego de 1699 esa proporción se invirtió. (Letwin 2003, parte II).

⁸ Muchos de los datos histórico-biográficos sobre Newton han sido tomados de Westfall (1994, 199 y ss). Sobre los vínculos entre Locke y Newton existe una extensa bibliografía, dentro de la cual un interesante y muy actual conjunto se encuentra en la compilación llevada a cabo por Janiak y Schliesser (2012), especialmente en el texto de Domski.

Como se dejó entrever más arriba, dos eran los problemas a los que se enfrentaría Newton desde su posición en el gobierno inglés: el fraude y la fuga de las monedas de plata. Contra el primero, además del uso de las *milled coins* como reemplazo de las *hammered coins*, se llevó adelante una fuerte campaña de persecución y castigo a los falsificadores (Levenson 2009). Aquello que se conoce como la “Ley de Gresham” –es decir, el hecho de que generalmente las monedas “malas” o consideradas de baja calidad por algún motivo tienden a reemplazar en el uso a las “buenas”, que son atesoradas (Bernholz y Gersbach 1992; Chown 1994, 16), que ya estaba presente veinte siglos antes en el pensamiento griego de la polis clásica (Aristófanes ²⁰⁰⁷)– hacía que las monedas falsas, cortadas, raspadas, etcétera fueran de uso común, sobre todo entre quienes no podían elegir qué piezas tomar. Contra ello, el gobierno puso a uno de los amigos de Cambridge de Newton, Charles Montague, a cargo de la persecución de los grandes falsificadores y, a través del Parlamento, declaró que la imitación y el rebaje de monedas serían, a partir desde ese momento, considerados como crímenes de alta traición, castigables con la pena de muerte (Cooper 2008, 48).

Ese paso (de delito menor a crimen de alta traición) muestra la potencia que la falsificación ostentaba entonces en Inglaterra y el peligro con la que era vista desde el Estado. Newton siguió esa línea a través de la incorporación de elementos difíciles de imitar y del acosamiento incansable a quienes se venían dedicando a tales actividades. De hecho, inventó una “policía monetaria”, cuyos agentes encarcelaron, entre 1696 y 1699 a más de cien sospechosos. “En su primer año, se llevaron a cabo por lo menos quince ejecuciones en Tyburn por crímenes monetarios, solamente en Londres” (Wennerlind 2004, 147). El dinero, sacralizado y naturalizado, pasó a ser obsesivamente controlado desde la Casa de la Moneda.

Respecto del segundo problema (la fundición y subsecuente derrame de plata en especie hacia otros mercados en los que ésta era más valiosa como mercancía), la cuestión era aún más compleja: como el propio Newton lo declarara, hacia fines del siglo XVII existía una entramada red de flujo de metales que (aunque este pensador evitara mencionarlo) respondía a una serie de decisiones políticas. España y Portugal tenían, al igual que Inglaterra, una plata subvaluada y un oro sobrevaluado (en una proporción aproximada de 1 a 16), con la diferencia de que las dos primeras naciones recibían permanentemente –gracias al sistema de explotación colonial– insumos de América que les permitían no preocuparse por el constante derrame hacia el este. Francia tenía valores similares, pero algo más balanceados (1 a 15); luego se encontraban Holanda y Hungría; luego, Italia, Alemania, Polonia, Dinamarca y Suecia (con un tipo de producción de riquezas diferente y un movimiento financiero todavía superior al británico); y finalmente India, China y Japón, con relaciones de 12, 10 y 9 respectivamente⁹.

El resultado de estas circunstancias (y no sus causas) era lo que los comisionados estatales analizaban como respuestas “naturales” y “de la razón” (Newton 1848, 183). Las consecuencias de sostener diferentes tipos de cambio eran, básicamente,

⁹ Todos estos datos surgen de Newton (1848, 182-183). Si bien el propio Newton los esgrimió algunos años más tarde, estos números son corroborados, por ejemplo, por Kemmerer (1944, 37).

que hacia el oeste se acumulaba el oro, hacia el este, la plata y en el centro de Europa había liquidez y movimiento de ambos metales.

Si bien Newton apoyó con fuerza la posición lockeana de no devaluar la moneda en la reacuñación de 1696, la falta de plata se hacía cada vez más insostenible, entre otras cosas, por la resistencia a usarla como dinero, dado su mayor valor los mercados continentales y asiáticos como metal en lingotes (*bullion silver*). Si durante sus primeros años, *the Mint* había acuñado más moneda que en las últimas tres décadas, sostener la invariabilidad de su valor tenía un alto costo político que ya se volvía muy evidente. Por eso, en 1717, Newton decidió realizar un pequeño ajuste que, si bien seguía beneficiando la exportación de plata, contenía muchas de las numerosas críticas: “Si las cosas se dejaran fluir autónomamente hasta que las monedas de plata fuesen algo escasas, el oro caerá por sí mismo; dado que la gente ya está en contra de entregar plata por oro, y pronto se negará a pagar con plata sin una concesión, como se hace en España, que disminuya el precio del oro. De modo que la pregunta es si bajar el oro desde el gobierno o dejarlo hasta que baje por sí mismo” (Newton 1848, 184).

Como se observa, veinte años después de la reacuñación Newton seguía sosteniendo los mismos principios utilizados por Locke: que el valor del dinero es algo natural que responde a leyes inquebrantables e independientes de la voluntad humana y que los Estados deben atenerse a legislar de manera acorde con lo que aquellas mandan. Ahora bien, esos principios no son, por supuesto, neutrales, sino que sirvieron a necesidades muy concretas y parciales. El tipo de paridad entre el oro y la plata, hizo que Inglaterra acumulara mayor cantidad de oro que varios de sus vecinos y –sobre todo– que cada una de las colonias, lo cual, tras el posterior paso al patrón oro, no hizo más que beneficiar a los grandes comerciantes. Además, la idea de un orden natural fue apropiándose del sentido común y gestando una moral centrada en la propiedad privada y la división del trabajo.

En definitiva, y siguiendo el camino ideológico de la *Gloriosa Revolución*, Newton fue capaz de convertir un caótico sistema con múltiples monedas paralelas en una estructura mucho más ordenada y, sobre todo, capaz de crear seguridad en sus usuarios, gracias al respaldo de la ley natural a la que se apelaba¹⁰. Esto, siguiendo la hipótesis de Carl Wennerlind, fue uno de los fundamentos sobre los que se montó el imperialismo y centralismo inglés sobre el resto del mundo, así como la revolución industrial y la posibilidad de emitir, llegado el momento, billetes dignos de confianza (Wennerlind 2011, cap. II).

Al igual que en muchos otros momentos históricos, estos enormes beneficios para la nación inglesa sólo fueron posibles gracias a la explotación de grandes masas poblacionales. “Si solamente seis peniques [6d.] fueran quitados en el presente, eso disminuiría la tentación de exportar o fundir las monedas de plata, y por sus efectos se podrá demostrar en el futuro, mejor de lo que puede parecer en la actualidad, que propiciar tal reducción sería lo más conveniente para el Estado”

¹⁰ Para un enfoque contextual sobre los estudios de Newton, ver Beresñak (2017).

(Newton 1848, 183). Una vez más, en nombre de la ciencia y la naturaleza, se aplicaban medidas que facilitaban la concentración del poder económico (en este caso, en el partido Whig), con la promesa de un futuro promisorio, reificando al mercado como modo imparcial y eficiente de distribuir los recursos entre las personas.

La plata inglesa siguió siendo más atractiva como metal que como moneda y continuó también corriendo hacia el este, a territorios sobre los cuales el imperio británico tenía una soberanía de hecho casi absoluta. Cabe agregar a lo anterior, que el casi agotamiento de las reservas inglesas de plata hizo que esta nación adoptara el patrón oro a fines del siglo XVIII, justo cuando terminaba de obtener más de cien millones de libras en oro gracias a su alianza con Portugal para extraer el metal del Matto Grosso brasileño.

Adam Smith

Casi al mismo tiempo que Newton se retiraba de sus funciones públicas, debido a complicaciones en su salud que lo llevarían a la muerte, nacía en Escocia otro de los más célebres pensadores ingleses que dieron forma a la Modernidad y lograron inscribir en el imaginario occidental una forma muy concreta de iusnaturalismo. Adam Smith, encomiado en su tiempo por su obra teórica sobre filosofía moral, economía política y leyes, pasó sus últimos doce años (desde 1778) como “Comisionado de Aduanas de Su Majestad” en Edimburgo, cargo que funcionaba como un verdadero regulador del sistema mercantil: “La Comisión en la que [Smith] trabajaba procesaba contrabandistas y estaba autorizada a realizar actividades tales como el cierre de alambiques ilegales, el secuestro y quema de embarcaciones sospechosas de ser utilizadas por contrabandistas, el allanamiento de propiedad privada y el empleo de tropas, de la Armada y de cruceros especializados en el seguimiento, la detención e incluso la batalla contra los contrabandistas” (Anderson et. al. 1985, 757).

Habiendo postulado la conveniencia del comercio libre y las ventajas comparativas de que los países produjeran para exportar aquello que les era más fácil producir, abonando al capitalismo y la división internacional del trabajo, expresó también cuán esencial era el conocimiento práctico para la comprensión completa de las cuestiones políticas (Rae 1895)¹¹. Tal vez por eso, Smith estudió y se expresó sobre diferentes hechos que marcaron la historia económico-política británica, entre los cuales se halla la reacuñación de 1696. Si bien hay varios puntos (sobre todo en lo referente a las riquezas y el valor de las “cosas” por sobre el dinero) en los que Smith fue crítico de Locke (Smith 1869, 198-200), es muy claro el acuerdo respecto de la circulación monetaria:

¹¹ En este caso, se parafrasea la correspondencia de Adam Smith con Sir John Sinclair (vol. I, p. 389), citada por Rae (1895). Por la correlación temporal, es aceptable afirmar que, de hecho, la experiencia a cargo de la Aduana fue la fuente de las modificaciones a su *The Wealth of Nations* realizadas en 1784.

[Sobre la exportación de dinero,] cualquier regulación de esa clase es muy absurda, pues no hay que temer que, si las cosas se dejan a su curso libre, alguna nación vaya a carecer del dinero suficiente para la circulación de sus productos básicos. Toda prohibición de la exportación es siempre ineficaz [...], perjudica al comercio nacional. Cualquier acumulación innecesaria de dinero, que podría emplearse en el enriquecimiento de la nación por el comercio exterior, es una acción muerta. Asimismo, eleva el precio de los bienes y hace que el país deba vender barato en los mercados extranjeros. (Smith 1869, 201)

Los elementos se repiten sin descuido. Smith se refiere a la libre circulación como una ley natural y encuentra pernicioso cualquier intento gubernamental de cerrar la economía o impedir el movimiento del dinero. Al aludir específicamente al proceso de reacuñación de 1696-1699 que involucró a Locke y Newton, Smith fija muy claramente su posición respecto del valor del dinero, como lo dejó de manifiesto en sus lecciones:

Hasta el reinado de William¹² había en Gran Bretaña dos clases de monedas, las del molino y las otras. Las primeras no eran susceptibles de ser cortadas o deterioradas [...]. Las otras eran muy mutiladas de estas formas, y reducidas en su valor alrededor de una octava parte. Esto levantó un gran clamor, para el cual había de hecho razones, pues las monedas no poseían el valor con el que debían de existir, lo que trajo enormes confusiones. Sobre ello, el Parlamento resolvió tomar todo el dinero maltratado y devolverlo con un valor nominal que fuese igual a su peso justo y estandarizado. En consecuencia, tal acción fue llevada a cabo, y la reacuñación [...] le costó a la nación dos millones. Lo siguiente, luego de haber devuelto el dinero a la nación, era prevenir que fuese exportado; para lo cual se revivieron leyes antiguas que declaraban a la exportación como crimen, y como consecuencia natural se declaraba la pena capital también para la exportación de lingotes. Sin embargo, esta última fue rápidamente derogada, y se permitió exportar lingotes bajo regulaciones y direcciones específicas. Esto fue interpretado por los comerciantes como absolutamente necesario, pues de otro modo no se hubiera podido realizar ningún intercambio con el exterior, y por ello pidieron y obtuvieron tal anulación. Sin embargo, la noción que prevalecía era que a mayor cantidad de especie dentro del país, mucho mejor; ellos pensaban que nunca se puede tener demasiado [dinero]. Por tal razón, se alentó la acuñación de monedas pensando que eso incrementaría su valor. La acuñación no se cobraba, y cualquiera que llevase a la Casa de la Moneda una libra de oro obtenía la totalidad, sin ningún tipo de cargo, en 44½ guineas, o una libra de plata en 63 peniques, solamente pagando unos pocos peniques a los sirvientes (aunque incluso eso estaba prohibido). Imaginaban que la creación de dinero aumentaba la opulencia nacional; pero una guinea o un penique no vale, de hecho, más que su peso en metal. (Smith 1869, 200-201)

Es muy interesante cómo Smith se apropia de los argumentos de sus antecesores y, pese a tener sus matices respecto de la concepción de naturaleza sostenida por

¹² Se refiere a Guillermo III de Orange, que reinó entre 1689 y 1702.

Locke, es claro en asumir que el oro tiene un valor natural que lo vuelve perfecto para ser la unidad de medida, es decir, el dinero. En una conferencia dictada por Smith el día 7 de abril de 1763, al hablar del oro expresó que “su valor no se funda, como lo imagina Locke, en un acuerdo entre los hombres; tiene lo que podríamos llamar un valor natural y podría tener un valor aún más alto como mercancía si no se utilizase como medio de cambio. Su belleza es indudablemente superior a la de los demás metales” (Smith 1982, V, 106).

Al igual que Newton, Smith llegó al final de su vida en la función pública, dejando una carrera académica atrás. Pero a diferencia de aquél, éste utilizó su experiencia política como complemento de sus ideas más abstractas¹³. De hecho, gracias a su trabajo en la aduana de Glasgow Smith realizó modificaciones de importancia para la tercera edición de *La riqueza de las naciones*. Pues, si bien sus funciones eran más policíacas que legislativas (el trabajo de las aduanas era hacer cumplir las leyes de la corona), su nivel de decisión era muy alto y poseía una pequeña flota a su disposición, lo cual, evidentemente, tuvo reflejos en sus escritos.

Por supuesto que parece paradójal que uno de los más acérrimos defensores del libre comercio haya terminado trabajando en su regulación y no han sido pocas las voces que han tomado este hecho de los modos más diversos¹⁴. Aunque el mismo problema se encuentra ya expresado en *La riqueza de las naciones*, donde, por una parte, las funciones del Estado aparecen muy restringidas –“de acuerdo con el sistema de la libertad natural, el soberano sólo debe atender a tres obligaciones” (Smith 1904, II, 184-185), que son la defensa frente a los ataques externos, la seguridad y justicia internas y el mantenimiento de ciertas instituciones públicas– y por el otro se reconoce que el interés privado, de no ser regulado, termina por ser nocivo para el bien general (Smith 1904, I, 130). Hace falta, entonces, reconocer que tal vez los factores que daban coherencia a sus palabras eran el contexto y las circunstancias más que la correspondencia entre todos sus dichos.

Frente a los fuertes abusos que posibilita la centralización del poder estatal, Smith se encontraba llevando a cabo un ataque específico a determinadas actividades gubernamentales. ¿Cuáles? Aquellas que, según la descripción más ortodoxa, operaban *en contra de la prosperidad de la nación*, como por ejemplo las prohibiciones, cobros o premios para el comercio exterior, las legislaciones especiales para los “primeros ocupantes” o para las relaciones de patrones con aprendices, los monopolios legales, o cualquier derecho de sucesión que

¹³ La cuestión del “newtonianismo” de Smith ha sido largamente discutida y, si bien no hace al núcleo del presente trabajo, puede ser tenida en cuenta a la hora de poner en relación las actitudes de los autores en materia práctica. Sobre esto pueden verse, por ejemplo, los trabajos de Leónidas Montes (2009) –de claro corte economicista– o Raquel Lázaro Cantero (2010).

¹⁴ Existen, en lengua inglesa, diversas consideraciones acerca de las razones de Smith para aceptar el cargo en cuestión. Desde quienes lo reverencian en cada una de sus acciones (West 1976, 126-128) hasta quienes lo acusan de haber tomado el cargo por motivos meramente económicos, pues el salario percibido era muy alto incluso para alguien como Smith (Bagehot 1915, vol. 7), pasando por quienes compararon las posiciones adoptadas en la Aduana con los postulados de *La riqueza de las naciones* (Viner 2012; Campbell y Ross 1981, 73-92).

obstaculizara el libre comercio de la tierra¹⁵. Es plausible pensar, entonces, que Smith quería detener particularmente ese tipo de intervenciones estatales y no toda actividad pública, ya que tenía claro que esto último era extremadamente peligroso. Además, si bien su desconfianza hacia los gobernantes *realmente existentes* era manifiesta –“La violencia y la injusticia de quienes gobiernan a los hombres es un antiguo mal, para el cual, me temo, la naturaleza de los asuntos humanos puede apenas dar algún remedio” (Smith 1904, I, 457)–, no descartaba tampoco la posibilidad de que puedan existir algunos administradores honestos a los que se les podría confiar la gestión de lo público (Smith 1904, II, 303) y no sólo por cuestiones éticas, sino también –a veces– prácticas. Por último, importa recordar que existen varios pasajes de *La riqueza de las naciones* en los que Smith admite (y apoya) la regulación del comercio exterior (Smith 1904, vol. II, 41; 152; 367), más allá de su preferencia general por el libre comercio. Con todo esto en mente, la comprensión de la filosofía y los actos smithianos puede ser mayor y más profunda.

Un estudio, ya citado, realizado a través de un análisis de la correspondencia de Smith y de miles de minutas y procedimientos redactados durante su etapa en la aduana escocesa, muestra que nuestro pensador se encontraba satisfecho con su posición como cobrador de impuestos y que no estaba preocupado por los costos que su trabajo tuviera para la economía, sino por la eficiencia y las capacidades prácticas de sus resultados (Anderson et. al. 2007, 16). Hay que recalcar el hecho de que la economía como profesión (el “ser economista”) no era un concepto común en ese momento en Inglaterra y que la división disciplinar que el siglo XIX habría de imponer era extraña a los ojos de un académico del siglo XVIII. En otras palabras, la filosofía moral, la jurisprudencia, la historia y los estudios sobre la naturaleza se encontraban muy permeados mutuamente, mientras que la gestión pública era –sí– considerada un campo diferente, pero no necesariamente distante, en el que todos esos conocimientos debían hallar su aplicación.

Smith no sólo pensó en términos abstractos, sino que basó sus conclusiones en estudios sobre la agricultura, el clima y el relieve, en un mundo que ya no se percibía como apacible y constante, sino (luego del incendio de Londres de 1666 y del terremoto de Lisboa de 1755) como cambiante, frágil y complejo. Esta cierta perplejidad frente a la absoluta auto-regulación provenía, probablemente, también de los efectos (que recién comenzaban a conocerse) del colonialismo sobre las zonas y personas afectadas. Para mediados del siglo XVIII ya eran visibles las hambrunas, epidemias y extinciones que provocaba la llegada del mercado liberado a las zonas “vírgenes” o “culturalmente atrasadas” que dejaban al puro *laissez faire*, *laissez passer* de los fisiócratas como un concepto que no manifestaba todas las sofisticadas facetas del mundo natural (Schabas 2005). No obstante, y a diferencia de muchos de sus contemporáneos, Smith fue crítico del utilitarismo de Hume (Trincado 2014, 51) y asumió una mirada sobre en la cual la naturaleza era mentada

¹⁵ Sobre esta cuestión es interesante el aporte de Viner (2012, 218). Allí, el autor manifiesta una de las razones que fundamentaban los dichos de Smith: “los estándares de honestidad y competencia de los gobiernos de la época con la que estaba Smith familiarizado eran increíblemente bajos” (Viner 2012, 221).

como un sistema relativamente predecible, cuyo movimiento pendular iba del exceso al defecto (y de éste de vuelta al primero).

¿Por qué, finalmente, un autor que llegó a sostener que la libertad individual (dentro de cuyas aristas se encuentra la posibilidad del comercio) era más importante que la “utilidad pública” (excepto en casos de extrema necesidad [“most urgent necessity”]) aceptó con gusto un cargo en la aduana escocesa? Sin intentar conocer sus resortes más íntimos, la respuesta puede estar en la propia letra de *La riqueza de las naciones*. En primer lugar, la tan mentada custodia de la libertad se refiere más que nada a los productos agrícolas, pero no a toda la economía política. En esta obra pueden hallarse los elementos de una lista extensa de las actividades concretas que deberían, según el propio Smith, ser llevadas a cabo por los Estados. Esas tareas incluyen, entre muchas otras, ordenanzas sobre la navegación y la defensa, leyes que fijen el valor del metálico circulante (junto con la consecuente reglamentación del papel moneda), así como premios y cargas impositivas sobre diversos usos del lino y la lana. Pero asimismo hay un interés concreto en la creación de normativas que regulen los incendios, la limpieza de los espacios públicos, la manutención de caminos, puentes y canales, el correo, las patentes, la educación, el entretenimiento público [“the frequency and gaiety of publick diversions”], la salud pública y los abusos cometidos por los bancos privados, por citar algunos ejemplos. Si, como ha sido demostrado, Adam Smith estaba tan preocupado por los abusos estatales como por los de determinados actores privados, la tarea de sus lectores contemporáneos no debería ser tanto la búsqueda de los elementos que le otorguen la *paternidad* del libre mercado, sino el examen sobre aquellos puntos en los que, precisamente, este filósofo llamaba a la intervención normativa de los gobiernos.

Retomando, para concluir, las primeras líneas de este artículo, la importancia de la articulación entre la teoría y la práctica de la política merece (hoy más que nunca) ser puesta en escena. Los actos de gobierno reportan siempre, en última instancia, a concepciones profundas acerca de la vida social, sean estas confeccionadas o ejecutadas por pensadores o por simples gestores de la cosa pública. El estudio de las actitudes de Locke, Newton y Smith como miembros del Estado permite, está claro, abrir dicha perspectiva. Puestos frente a la toma de decisiones que afectan a un territorio y una sociedad, estos autores hicieron énfasis en los roles de los individuos como actores sociales.

En los tres casos, además, se constata la presencia una tendencia a observar la naturaleza como fuente de reglas perennes –que pueden ser descubiertas, pero no creadas–, frente a las cuales las opciones de acción van desde el sometimiento absoluto hasta la previsión. Si bien ambos extremos pueden ser hallados puestos en tensión en los textos teórico-políticos de los siglos XVII y XVIII, lo que parecen mostrar los avatares de la última centuria es que la vía del sometimiento a una concepción muy específica de lo natural ha dejado sepultada a la de la prevención, vinculada desde el origen mismo del pensamiento filosófico con la acción política como forma creativa de la vida social.

Bibliografía

- Aristófanes, 2007, *Las ranas*, trad. Luis M. Macía Aparicio, Gredos, Madrid.
- Anderson, G.; Shughart, W. (II); Tollison, R., 1985, "Adam Smith in the Customhouse", *Journal of Political Economy*, University of Chicago, vol. 93, nº 4, pp. 740-759.
- Bagehot, Walter, 1915, "Adam Smith as a Person", *The Works and Life of Walter Bagehot*, ed. Mrs. Russell Barrington, vol. 7, Longmans, Green, and Co., Londres (online: <http://oll.libertyfund.org/titles/2165>).
- Beresñak, Fernando, 2017, *El imperio científico. Investigaciones político-espaciales*, Miño y Dávila, Buenos Aires.
- Bernholz, P.; Gersbach, H., 1992, "Gresham's Law", en Newman, P.; Milgate, M. y Eatwell, J. (eds.), *The New Palgrave Dictionary of Money and Finance*, vol. 2, pp. 286-288.
- Campbell, T.D.; Ross, I.S., 1981, "The Utilitarianism of Adam Smith's Policy Advise", *Journal of the History of Ideas*, vol. 42, nº 1, pp. 73-92.
- Chown, J.F., 1994, *A History of Money from AD 800*, Routledge, Londres.
- Cooper, George, 2008, *The Origin of Financial Crises. Central Banks, credit bubbles and the efficient market fallacy*, Harriman House, Petersfield.
- Feaveraryear, A.E., 1963, *The pound sterling: a history of English money*, Clarendon Press, Oxford.
- Hill, Christopher, 1983, *El mundo trastornado. El ideario popular extremista de la revolución inglesa del siglo XVII*, Siglo XXI, Madrid.
- Janiak, A.; Schliesser, E., 2012, *Interpreting Newton. Critical Essays*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Kemmerer, Edwin W., 1944, *Gold and the Gold Standard. The Story of Gold Money, Past, Present and Future*, McGraw Hill / Princeton University Press, Nueva York.
- Laslett, P., 1957, "John Locke, the Great Recoinage, and the Origins of the Board of Trade: 1695-1698", *The William and Mary Quarterly*, vol. 14, nº 3, pp. 370-402.
- Lázaro Cantero, Raquel, 2010, "Adam Smith: anthropology and moral philosophy", *Revista Empresa y Humanismo*, vol. XIII, nº 1/10, pp. 145-184.
- Levenson, Thomas, 2009, *Newton and the counterfeiter: the unknown detective career of the world's greatest scientist*, Houghton Mifflin Harcourt, Boston / Nueva York.
- Letwin, William, 2003, *The Origins of Scientific Economics*, Routledge, Nueva York.
- Locke, John, 1691, *Some Considerations of the Consequences of the Lowering of Interest and the Raising the Value of Money* (online: <https://goo.gl/VhQHhP>).
- , 1695, *Further Considerations concerning Raising the Value of Money* (online: <https://goo.gl/BuxJte>).
- , 1999, *Escritos monetarios*, trad. María Olaechea, estudio preliminar Victoriano Martín, Pirámide, Madrid.
- , 2010, *Segundo tratado sobre el gobierno civil. Un ensayo concerniente al verdadero origen, alcance y finalidad del gobierno civil*, trad. Claudio Amor y Pablo Stafforini, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal.

- Marx, Karl, 2000, *El capital*, FCE, México DF.
- McGuire, J.E., 1985, *Tradition and innovation: Newton's metaphysics of nature*, Kluwer, Dordrecht.
- Montes, Leónidas, 2007, "La influencia de Newton en Adam Smith", *Anuario Filosófico*, 42 (9), Universidad de Navarra, pp. 137-158.
- Newton, Isaac, 1848, "Sir Isaac Newton's Report on the Gold and Silver Coin in 1717". *The Numismatic Chronicle and Journal of the Numismatic Society*, vol. 11, pp. 181-185 (online: <http://www.jstor.com/stable/42686170>).
- Pack, Spencer, 1991, *Capitalism as a Moral System: Adam Smith's Critique of the Free Market Economy*, Edward Elgar, Cheltenham.
- Polanyi, Karl, 2001, *The Great Transformation. The Political Origins of our Time*, Beacon Press, Boston.
- Rae, John, 1895, *Life of Adam Smith*, Macmillan & Co., Londres (online: <https://goo.gl/UgD8UL>).
- Robinson, J., 2013, *William of Ockham's Early Theory of Property Rights in Context*, Brill, Leiden.
- Schabas, M., 2005, *The Natural Origins of Economics*, University of Chicago Press, Chicago.
- Shaw, William (ed.), 1896, *Select tracts and documents illustrative of English monetary history 1626-1730*, Clement Wilson, Londres (online: <https://goo.gl/iY2GsB>).
- Smith, Adam, 1869, *Lectures on Justice, Police, Revenue and Arms, delivered in the University of Glasgow, by Adam Smith. Reported by a Student in 1763 and edited with an Introduction and notes, by Edwin Cannan*, Clarendon Press, Oxford (online: <http://oll.libertyfund.org/titles/2621>).
- , 1904, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, Methuen, Londres (online: <https://goo.gl/mHBTXJ>).
- , 1982, "Lectures On Jurisprudence, ed. R.L. Meek, D. D. Raphael and P. G. Stein", *The Glasgow Edition of the Works and Correspondence of Adam Smith*, Liberty Fund, Indianapolis.
- Trincado Aznar, Estrella, 2014, "On Smith's Notion of Pleasure", *Filosofía de la Economía*, Universidad de Buenos Aires, vol. 3, pp. 49-58.
- Tully, James, 1993, *An Approach to Political Philosophy: Locke in Contexts*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Viner, J., 2012, "Adam Smith and Laissez Faire", en Clark, J.M.; Douglas, P.H. *Adam Smith, 1776-1926: Lectures To Commemorate The Sesquicentennial Of The Publication Of The Wealth Of Nations*, LLC, Whitefish.
- Weiss Smith, Courtney, 2012, "A «Foundation in Nature»: New Economic Criticism and the Problem of Money in 1690s England", *The Eighteenth Century*, vol. 53, nº 2, pp. 209-228.
- Wennerlind, C., 2004, "The Death Penalty as Monetary Policy: The Practice and Punishment of Monetary Crime, 1690-1830", *History of Political Economy*, 36: 1, pp. 131-161.
- , 2011, *Casualties of Credit. The English Financial Revolution, 1620-1720*, Harvard University Press, Cambridge.
- West, E.G., 1976, *Adam Smith: The Man and His Works*, Liberty Press, Indianapolis,
- Westfall, R., 1994, *The Life of Isaac Newton*, Cambridge University Press, Cambridge.